

Los indios de América 500 años después

Ramón Martínez Escamilla*

Entre sus moradores, los indios de América son hoy los más postergados. No he expresado que son los únicos sino los principales. Hay otros postergados como todos los que se han dado en llamar marginados y no pocos de los militantes de las causas disidentes y las causas contestatarias, y sobre todo los líderes e ideólogos de éstos. Pero cuando los líderes e ideólogos lo son de causas indígenas, no sólo son los mayormente postergados sino los proscritos, e incluso los candidatos más probables al exterminio.

Estos últimos, que podrían contarse por centenas, tradicionalmente pero sobre todo desde que en América puede hablarse de la "occidentalización" total de las estructuras sociopolíticas que comenzó a despuntar en el siglo XIX, han sido, junto a las crecientes masas en cuyo nombre se presentan ante el conjunto social, los perdedores indiscutidos de la historia moderna de América.

Para qué decir que entre los pobladores ahora legítimos, los ganadores netos han sido aquellos que pudieron llevar, y habría que reconocer que no sin dificultad pero también que sin grave tropiezo, a las cada vez más numerosas masas populares primero

* Investigador Titular Coordinador del Área Economía del Sector Público del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

hacia la consolidación del capitalismo como forma globalizadora de organización y después hacia su imperialización y subimperialización totales, esta última en toda la extensión territorial al sur del río Bravo y en toda la dispersión insular con la sola y conocida excepción de la Cuba posterior a 1959.

Masas y líderes, o mejor aún, líderes y masas imperializados y subimperializados también los hay semiperdedores o, si se prefiere, sólo semiganadores. Son todos aquéllos que de manera servil, vale decir de grado, o que sometidos por la violencia económica, la discriminación o la degradación social, y las consecuentes ignorancia y alienación ideológica y política, han sido sistemáticamente alienados con los ganadores indiscutibles y han participado con éstos de manera colateral del botín que les ha dejado todo el proceso de integración y desarrollo capitalista. Pero éstos, a diferencia de los indígenas y a semejanza de los ganadores netos, no son completamente originarios de América e incluso en muchos casos son de un origen completamente extraño a ésta.

Es claro que estos semiganadores también de manera sistemática han disfrutado sólo de las bagatelas del citado botín que dejan caer desde sus opulentos ventanales los auténticos ganadores, comandantes del proceso. Ahí están para corroborarlo las grandes organizaciones de masas levantadas por el corporativismo a lo largo y ancho de América y también sus plutocráticos liderazgos a veces vitalicios y las soberbias bancadas en los congresos y asambleas locales, nacionales e internacionales que a golpes de urna obtienen periodo tras periodo en el típico juego de la democracia formal.

Pero aquí me interesa referirme sólo a los indios de América; es decir a los legítimos y originales poseedores y pobladores de estas tierras; a los que siguen aquí y estaban desde milenios antes que llegaran los occidentales; a los que siguen aquí porque estaban desde milenios antes que surgiera la cultura occidental; a los originarios de estas tierras que en los quinientos años que han transcurrido desde que los occidentales los encontraron aquí, en ellas y con ellas, han resultado ser, como lo expresaba, los pobladores mayormente postergados, los perdedores natos.

Y este último no es un adjetivo sino el sustantivo que, si se me permite la redundancia, mejor sustancia la historia americana; es

decir la realidad americana de todos los tiempos, en cuyos marcos y modos los indios desde hace cinco siglos nacen, crecen y se reproducen cada vez con más dificultad, y mueren cada vez con más facilidad en su condición de perdedores natos, de perdedores de todo: de las mismas tierras, de sus bondades y ventajas, de sus rigores y desventajas, de sus abundantes o sus requiticos frutos, de sus trabajos y sus resultados, de su identidad y en mucho de su voluntad y hasta el derecho de permanecer en ellas.

Quinientos años después de que fue descubierta su existencia aquí, los indios no pueden permanecer aquí como resultado de la represión que padecen, merced a la violencia que provoca la crisis de América toda. La crisis que en todos los órdenes vive América; en el Norte "occidental" por vivir o sobrevivir, si se puede todavía medrando, de la crisis que impone en el mismo Norte, pero sobre todo en el Sur "semioccidental". La crisis consustancial al Norte que para elevarse a la condición de nuevo molde y patrón de la cultura occidental tuvo que forzar en el sur la articulación de un molde y patrón semimoderno y semioccidental que resultaría históricamente incapaz de contestar la fuerza de su creación y aun de disentir del entendimiento, del pensamiento y de la voluntad de sus creadores.

Esta violencia, esta represión y esta crisis permiten ver con toda claridad la condición a que quedaron sujetos los indios de América. Acabo de expresar que sus líderes e ideólogos son muchos, pero ahora digo que no son suficientes y que tampoco son suficientemente lúcidos ni consecuentes a su idiosincracia. Sus luchas, sus reivindicaciones y su pensamiento no alcanzan a tener todavía una expresión capaz de resonar en el conjunto social y, por lo mismo, capaz de impactar a las estructuras del poder real, y el tiempo se les agota porque a pesar de la atenuación que por diversas causas experimentó su exterminio, todavía es más acelerado que la extensión y divulgación de sus ideologías y de su más objetiva razón de ser y permanecer.

Sus líderes e ideólogos comprenden la enorme necesidad que tienen de sensibilizar a todos los pueblos del mundo, a sus gobiernos, a sus partidos políticos, frente a las violaciones, persecuciones y represiones a que son sometidos sus representados y frente al más cruel de los peligros que es el de que ellos mismos queden encadenados a un destino de muerte por venganza como es la muer-

te por tortura que los personeros de la modernidad y de la cultura "occidental" les impone a través de sus sicarios.

Saben que es necesario comprometer la voluntad de todas las naciones en favor de sus esfuerzos y sus desiguales luchas por la supervivencia. Quieren y piden el entendimiento, la coexistencia y la paz con los descendientes contemporáneos de sus invasores, de sus violadores, de sus exterminadores, a pesar de que éstos los siguen invadiendo, violando y exterminando.

Creen firmemente que tanta desigualdad, tanta injusticia social y tanta irracionalidad humana deben cesar. Luchan sin desmayo por una América y por un mundo más digno de ser habitado por ellos mismos y hasta por sus seculares enemigos. Saben que éstos pueden y deben dejar de ser sus enemigos; que son sólo sus iguales y que no tienen derecho a suplantarlos en la toma de las decisiones fundamentales sobre su propio destino.

Sienten que a pesar de la diversidad histórica y política y a pesar de la extensión geográfica de América, muchas de sus similitudes se han mantenido, esencialmente en lo que toca a su propia identidad de aborígenes y en la preservación de muchos de sus valores milenarios, a pesar de los inmensos obstáculos que cada pueblo indígena ha enfrentado en los últimos quinientos años.

No ignoran que tienen una experiencia similar en lo que se refiere a su organización y sus liderazgos; también en lo que toca a las prácticas comunitarias, a la fraternidad y a la solidaridad de pueblo a pueblo como tales. Incluso postulan que todos emplean el mismo lenguaje de amor filial en su diálogo cotidiano con la tierra y la naturaleza toda. Que sólo ellas les siguen dando una respuesta de amor y de esperanza a pesar del ya alarmante estado de depredación de sus senos alimentarios.

Sus formas de pedirles el sustento y de estimularles la fertilidad pueden variar, como de hecho varían de país a país, según las formas que asume la política para exteriorizar la misma esencia que es el poder, los conflictos sociales que engendra y las formas con que éstos impactan a la vida de cada comunidad aborígena. Sufren los esquemas de inserción "nacional" que van del paternalismo y la cooptación hasta el acarreo hacia el escenario político y la escenografización que impone el conductismo del *indian curious*, en aras de la prosperidad de una "industria sin chimeneas"; pero también padecen el conflicto de conciencia y conducta a que los sujeta el alistamiento castrense a que los obligan los gobiernos para ha-

cer la guerra a las movilizaciones de liberación presentes en varios países.

Si saber todo ello contribuye a que se les desarrolle el incipiente grado de conciencia y unidad de conceptos acerca de lo que quieren, hasta ahora no les ha permitido enarbolar efectivamente un ideario de cohesión ni uno de unidad continental que a los ojos del resto de la sociedad americana, que es mayoritario, pueda parecer de validez "universal y necesaria". Y si esto es así por insuficiencia e inconsistencia de sus contactos continentales, también lo es porque ese resto de la sociedad americana, quizás con la sola excepción de la parte que se asienta en el extremo Norte, tampoco ha encontrado los suyos propios.

El resultado inmediato ha sido la marginación respecto de las decisiones políticas, económicas y sociales de sus países. Y a pesar de haber recibido por centurias el tratamiento de graves problemas por parte de los respectivos regímenes políticos, los indios de América intuyen y sus líderes saben que ellos no han sido un problema y que, en todo caso, el problema lo generan los propios regímenes al negar la historia y la realidad concreta, y negar con ello la existencia de las comunidades indígenas y las organizaciones que se han dado para sobrevivir.

Saben que sus luchas por la tierra, por el salario, por la naturaleza, por la dignidad y por sus derechos han sido ya muy prolongadas y suficientes en valor social y experiencia como para ser tomadas en cuenta como parte de la sociedad, junto a otros movimientos y organizaciones populares que sí son reconocidos como parte del desarrollo; y exigen participar y ser escuchados en los foros y discusiones o apreciaciones que se hacen acerca de ellos.

En los foros internacionales, especialmente en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la situación de los indios de América comienza a ser englobada en los enunciados y recomendaciones sobre los derechos humanos, pero sin especificar la circunstancia histórica concreta que les ha sido impuesta. La extinción que el avance de la "cultura occidental" impone sistemáticamente a sus idiomas, sus vestidos, sus creencias, sus actitudes hacia la vida y sus formas de organización social y política reclaman, sin embargo, más que expresiones englobadas en los códigos y convenios de buenas intenciones, un tratamiento mucho más riguroso y acorde a la situación que las comunidades experimentan en cada país; especialmente cuando son identificados con el enemigo o son vícti-

mas de guerras internas y de expediciones oficiales de carácter punitivo hacia la disidencia o la contestación política de fondo.

No se sabe que las agencias internacionales "para el desarrollo" hayan canalizado recursos importantes para la preservación y el progreso económico y social de las comunidades y pueblos indígenas de cualquier país del continente, ni que los grandes créditos contratados por los gobiernos más dependientes lleven en sus solicitudes y exposiciones de motivos el desarrollo de tales comunidades y pueblos. En el mejor de los casos, cuando las cartas de intención de los países prestatarios incluyen algún capítulo aludiendo al desarrollo rural, ahí se da por supuesto que los programas correspondientes se harán extensivos a los pueblos de indios, aunque quienes formulan tales cartas saben que éstas no pasan de ser meros prontuarios de buenas y a veces no muy buenas intenciones que generalmente quedan a distancia de convertirse en acciones aun entre los pueblos de auténticos agricultores y ganaderos ladinos y mestizos o "blancos"; y que los créditos a que se refieren serán colocados a través de los sistemas bancarios a la manera de simples papeles y asientos en libros que aluden a un dinero que nadie ve, excepto quizás las oligarquías que puntualmente cobran las jugosas comisiones del endeudamiento y las convierten, esas sí, en acciones y otras "obligaciones" de los grandes consorcios trasnacionales impulsores y beneficiarios de la "occidentalización" y la "modernidad" socioeconómicas.

El que muchos "occidentales" manifiesten una gran admiración y hasta una pública valoración de los usos y costumbres y de las culturas indígenas no es prenda de que en los esquemas políticos de los países americanos se estén incorporando líneas de interpretación y de actuación en favor del desarrollo indígena, pues todas y cada una de esas políticas de escala nacional se encuentran encuadradas en esquemas de prioridad cuyo origen, propósito y servicio real no son la existencia, las aspiraciones y mucho menos la voluntad del submundo aborígen sino las del supermundo que lo degradó, y muchas de ellas parten con frecuencia de la conveniencia ignorancia de la existencia de ese submundo.

Aunque no sea lo mismo hablar de las reservaciones que en el centro-Norte y en el extremo-Norte de América se idearon con miras a evitar la integración socioeconómica y política de los indios (como si éstos hubieran estado interesados algún día en asimilarse al pueblo llano de esas latitudes), que de las comunidades

mesoamericanas o de los reductos y otros soterramientos del Sur; en todas partes los liderazgos indígenas han cobrado una cada vez menos incipiente o más elaborada conciencia de que el mundo no tiene por qué serles ajeno, por lo que su participación en el juego de las reivindicaciones sociales es cada vez más patente, a pesar del riesgo que enfrentan de ser arteramente reputados y tratados como militantes y efectivos de la subversión o de la producción y tráfico de drogas.

Y el indio, por líder que sea, hasta ahora no ha podido hacer suya la forma de escapar a tales catalogaciones ni a las represiones que de ellas se derivan sobre todo porque, por lo general, cuando se les atropella en esta forma, las fuerzas interesadas en hacerlo se valen de indios ladinos o de comunidades indígenas enteras latinizadas, muchas de ellas mestizadas o semimestizadas biológica y culturalmente, que merced a la dádiva paternalista o al servilismo o la prudencia que les inspira el temor y el instinto de conservación, adoptan como regímenes de vida el de la delación, la acusación inculpativa y hasta la misma represión directa disimulada en enfrentamientos "religiosos" y en intolerancias de inspiración "divina".

La incapacidad de los actuales liderazgos para responder a un sistema tan radiado de agresiones es mucho más profunda de lo que puede advertirse frente a la simple y grave violencia con que se les mantiene sujetos en la precariedad de sus ámbitos. En verdad es no sólo una incapacidad que proviene de la desigualdad y la injusticia característica de la sociedad capitalista moderna, cuya radial simetría raya lo mismo en la criminalidad orgánica, corporal y atávica consustancial a la tortura, que en los refinamientos y sutilezas de la postergación cultural, social y política. Cuando el ideólogo y el líder indígenas expresan con la misma amargura la frustración respecto del presente y la esperanza en un futuro mejor, se presentan ante el mundo como el más vivo y claro testimonio de la causa profunda que tiene la condición aborígen en América.

"Nos responden con el engaño", versa una de sus quejas más frecuentes y, en realidad, ni proponiéndoselo encontrarían una expresión más elocuente de su real condición. Y es que el indio de América cree todavía, quinientos años después, que son ciertas las promesas de reivindicación provenientes de la urdimbre de relaciones de poder que se anudan y predominan entre segmentos de la

sociedad procapitalista moderna. Y puede ser el gran líder de federaciones de pueblos aborígenes pero no sabe ni podrá saber, y si llega a saberlo no podrá aceptar que el capitalismo no ha atendido antes, ni atiende ahora, ni atenderá después a razones de carácter étnico o cultural o racial al establecer y desarrollar sus órdenes de prelación o sus sistemas de reparto de la carga y de concentración del beneficio social; sino a razones de carácter estrictamente funcional a sus móviles de acumulación de riqueza para el lucro privado, desigual, social y políticamente antagónico, violento por naturaleza.

No sabe, no podrá saber, pero si llegara a saberlo no podría aceptar que en el capitalismo todo lo estancado, lo estamental, lo arcaico, lo anacrónico, lo de origen o inspiración precapitalista, y en general lo proveniente de una inspiración simplemente no capitalista, es no aceptable y no sólo eso, es incluso punible, erradicable, borrable hasta de la memoria; a fin de cuentas, proscrito. Si llegara a saberlo y aceptarlo, dejaría de ser líder y dejaría de ser indio.

En ninguna parte del tejido social como aquella en la que se anudan los diversos tipos de relaciones de convivencia entre la sociedad de clases y la sociedad antigua, comunal, o sus restos, puede observarse con mayor claridad que la igualdad social es una de las principales promesas que no pudo, no puede ni podrá cumplir la democracia formal ni aun en los países americanos donde *de derecho* ha sido instaurada; vale decir, ni ahí donde ha sido promulgada constitucionalmente, bajo la forma de igualdad de los hombres en su condición de ciudadanos y agentes de la producción y la distribución social.

Más aún, es precisamente en los países donde tal promulgación prosiguió a revoluciones armadas e inermes de carácter estructural en las que por cierto los indígenas y mestizos engrosaron los frentes fundamentales, donde puede verse nítidamente que los primeros, como tales, conquistaron a lo sumo el derecho de ser incorporados a una de las clases sociales. Y cuando en los albores del siglo XXI los líderes e ideólogos indígenas reclaman públicamente el derecho y la necesidad histórica de que sus movimientos de reivindicación sean incorporados y reconocidos entre el conjunto de los movimientos populares y de las organizaciones populares que tienen carta de legitimidad, de legalidad, dejan también bien claro de qué clase social se trata.

De ahí la intransigencia, la arbitrariedad y la prepotencia que dejan sentir sobre los pueblos de indios los regímenes políticos de diversa calendarización gubernamental y los regímenes económicos nacionales que cobijan. De ahí también que esa intransigencia, esa arbitrariedad y esa prepotencia se presenten con una decisión y una consistencia dignas sólo de la causa de la liberación, y que lo hagan sobre todo en las oportunidades que siguen a los frecuentes pasos que dan los gobiernos hacia el centro del pantano de la dependencia en que desde hace décadas se encuentran atascados sus regímenes. ¿De qué sirven las constituciones políticas que ordenan la igualdad de derechos ciudadanos y las legislaciones reglamentarias nacionales de sus articulados llamadas a garantizarlos, si resultan estrictamente funcionales a las complejas urdimbres de relaciones sociales, económicas y políticas que sistemáticamente se anudan y se manifiestan sólo para negarlos?

Se explica así la queja de los líderes indios en el sentido de que cuando las instituciones gubernamentales pretenden favorecer con sus proyectos a los pueblos indios, siempre lo hacen con miras a su integración, a su asimilación a un proyecto global que no tiene entre sus metas dar al indio una facilidad, un instrumento para que desarrolle su cultura, para que preserve sus valores, sino para que contribuya a su destrucción acelerada.

Se explica también que el indio jamás haya tenido confianza en los gobiernos democráticos de los estados americanos y que, a medida que los elementos que conforman la legitimidad de los mismos se han debilitado, esa desconfianza ha comenzado a compartirla con cada vez más amplios segmentos de la sociedad americana.

Otra cosa sería referirse a las situaciones que entre los pueblos indígenas engendra la inserción en estados nacionales sin democracia porque aun donde ésta se practica en alguna medida ni gobiernos ni partidos políticos son fuentes de credibilidad ni sinónimos de representatividad popular, ni de favorecimiento de la causa popular en algún sentido, mucho menos en el indígena. Los partidos políticos, como los gobiernos, son de minorías cuyo ámbito natural son las reducidas y más desarrolladas áreas urbanas y no tienen bases reales de convicción sobre el "protagonismo" político de las bases populares entre las que suelen ubicar a los pueblos indios, sino de las élites acostumbradas a los casimires, sedas, perfumes, gamuzas y los más sofisticados sabores y bouqués; por muy

populares o socialistas o por muy liberales o democráticos que sueñen sus lemas y membrales.

Esto no quiere decir que en algunos países de América no puedan o no suelen llegar algunos indígenas a los congresos y asambleas nacionales o locales. Como quiera que sea, el camino de esos ascensos es casi siempre el partido "nacional". Y no importa si al ascender en la escala política y social los representantes indígenas se quitan o no los huaraches ni si se ponen o no los lentes ahumados tan característicos de los políticos de todas las latitudes. Una vez en las curules y escaños sus votos son por las consignas del partido y no por las causas de los indios ni por las auténticas causas populares en que ellos mismos reconocen que se inscriben sus movimientos de reivindicación.

A tanto ha llegado el reblandecimiento de la conciencia de lo indígena y las actitudes que induce, merced a la política de degradación social en que lo circunscribe la modernidad americana. Y como si no hubieran sido suficientes los siglos de catequesis con que, atenuado el genocidio, se logró dismantelarle el entendimiento y la voluntad, hoy pululan a lo largo y ancho de Indoamérica los nuevos pero igualmente falsos profetas de una salvación que ya no pasa por la penumbra ni el "secreto" de los confesionarios sino por la descarada gritería de la autodenuncia del original pecado de ser indígena. Para algo se inventaron los altavoces de los llamados cuerpos de paz y se crearon las líneas de financiamiento metropolitano de las sectas pseudoreligiosas de todos los credos y denominaciones.

Como han llegado a reconocerlo y afirmar sus líderes e ideólogos, la situación actual de los indios de América es "un paquete grande que no se puede tocar o sintetizar fácilmente, porque, primero, todavía no existe una homogeneización de experiencias, de conocimientos, y segundo porque cada país tiene realidades concretas... hay muchos valores que todavía no están sistematizados, de los cuales, los gobiernos no tienen conciencia o bien constantemente los niegan... (y si esto puede observarse país por país, a escala continental y mundial es totalmente explicable que siga) pendiente el pacto internacional sobre pueblos indios o la aprobación de una declaración universal de los derechos de los pueblos indios...".*

En el conocimiento cabal, en el análisis, en la síntesis y las conclusiones de ese grande y complejo paquete integrado por la situación de los indios de América, nadie podrá suplantar a sus líderes e ideólogos. Más aún, hasta ahora nadie los ha suplantado porque, como ellos mismos reconocen, esas serían consideraciones que a la fecha nadie ha hecho. De todo esto, lo primero es especialmente cierto en lo referente al paso de las conclusiones a recomendaciones y su traducción en líneas de organización y política militante y ejecutiva. Y lo segundo, para los no líderes ni ideólogos de indígenas, apenas sería una oportunidad para coincidir o para dejar de disentir.

De todas maneras, en seguir mirando al pasado para ojear de mejor manera el futuro, los indios de América no tienen alternativa. Ningún pueblo la tiene por grande o pequeño que sea o por extenso o reducido que sea su espacio vital en cualquier sentido. La reafirmación de sus raíces es la única fuente a que pueden acudir para seguir alimentando su inconfundible identidad y para insertarla de manera radicalmente distinta en un presente que, sin haber dejado de serles hostil, es también radicalmente distinto hasta por el hecho de presentarse a sí mismo, y presentárseles, impresionantemente diverso. Esta diversidad es la que abre ahora una dialéctica en la que los indios de América, como los aborígenes de otros continentes pueden labrar para sus pueblos un destino propio, también inconfundible, radicalmente distinto pero digno de ser alcanzado y vivido a plenitud.

¿Acaso no es cierto que algunos pueblos aborígenes del Extremo Este y del Sudeste de Asia se han puesto en camino de adueñarse del destino en que soñaron durante siglos de coloniaje y décadas de subimperialismo? ¿No es cierto que los han hecho a pesar de que la penetración extranjera levantó entre sus propios hermanos a uno de los principales enemigos internos? ¿Y qué decir de los aborígenes agrupados en la Organización de los Pueblos del Sudoeste Africano y sus largas y esforzadas luchas en pro de la liberación y los derechos humanos, o de los pueblos de turbante del Norte de África y del Mediterráneo que han terminado por

ché guatemalteco, para cerrar la entrevista que le hiciera y publicara el periódico *El Nacional* de la ciudad de México en su suplemento "En Domingo" de la edición correspondiente al 20 de mayo de 1990; entrevista que constituye un importante documento histórico-social y que inspirara la preparación del presente artículo. 5 de junio de 1990.

* Palabras pronunciadas por la ideóloga maya Rigoberta Menchú, oriunda del Qui-

reconquistar y retener sus propios espacios en la geografía y en la política de sus continentes? ¿Y qué de aquéllos otros que expulsados hacia los trópicos o los desiertos y retenidos en ellos por la fuerza de los misiles no rinden sus armas precarias ante la prepotencia imperialista?

Nadie, por supuesto, tiene derecho a ignorar las grandes diferencias que separan a esos pueblos, y mucho menos las enormes que existen entre ellos y los pueblos indios de América que, como hemos visto, también las tienen de gran magnitud. Siendo todas esas diferencias históricas, se vuelven casi inconmensurables cuando se ponderan haciendo intervenir factores y exponentes geográficos y demográficos. ¿Quién podría esperar el mismo complejo de ideas y actitudes sociales de un pueblo homogéneo que habita una pequeña península o un pequeño golfo de un continente y de un conjunto de pueblos no homogéneos de gran densidad y de absoluta mayoría que habita una gran región del macizo territorial de otro continente, y de otro conjunto de pueblos heterogéneos de mínima densidad y dispersos minoritariamente a lo largo y ancho de un tercer continente, aun cuando todos sean aborígenes? Seguramente nadie que tenga completo el uso del entendimiento.

Pero, de la misma manera, nadie que lo tenga se sentiría en condiciones de negar que ahora como nunca antes los pueblos del mundo por distantes tanto territorial, como cultural o históricamente que resulten, están en capacidad de establecer contactos fundamentales en aspectos también fundamentales de sus respectivas trayectorias históricas; de suerte que sus experiencias resulten enriquecidas y los estadios más precarios y anacrónicos de su existencia puedan ser retroalimentados con la luz de la verdad que encontraron las grandes epopeyas de la liberación y el desarrollo que emprendieron y mantienen vigentes los pueblos aborígenes que han logrado inscribirse en el centro motor de la historia contemporánea a escala mundial.

No se trata de importar nada ni de exportar nada; acaso ni siquiera se trate de desplazar territorialmente nada ni a nadie en ningún sentido. Se trata simplemente de que los pueblos hermanos del mundo, no obstante sus diferencias de edad y de historia y cultura, se encuentren con las manos de hacer y con los espíritus de concebir, para erigir un mundo que resulte mejor para todos. Y hermanos son todos aquellos pueblos que acicateados por las mismas necesidades y problemas se imponen las mismas tareas para

superarlos, sin importar que lo hayan hecho y lo sigan haciendo a diverso tiempo y en diverso espacio.

Hoy los medios para lograr ese encuentro son prácticamente incontables. El mundo se ha vuelto pequeño y la humanidad es tan grande que ya no hay invasores ni despojadores de comunidades ajenas que no puedan ser señalados con menos de la mitad de los dedos de una mano pues, siendo también hermanos por sus obras y por su credo, hablan el mismo lenguaje, visten el mismo ropaje y ocultan el rostro bajo la misma máscara "democrática" para imponer a sus acciones el mismo signo de unilateralidad.

Si el modo de lograrlo no es breve ni es fácil, no son estos el lugar ni el momento más adecuados para demostrarlo, pues trasciende con mucho la dimensión y el esfuerzo de pensar en ello y escribir con más o menos preocupación o deleite en lo social. Una cosa es cierta y vale la pena repetirla a pesar del cansancio que ha provocado en los pueblos aborígenes la observación que han hecho de ella a lo largo de los siglos: las invasiones y los invasores adquieren carta de legitimidad con el solo paso del tiempo. Desautorizarlos con todas sus consecuencias o convivir con ellos en condiciones de igualdad es la disyuntiva que legítimamente pueden plantearse los invadidos. Estos no están obligados a esperar que la iniciativa provenga de fuera de sus ámbitos.